

Catequesis y liturgia

Frei Carlos Raimundo Rockenbach*

Sumario

El autor, preocupado, porque con frecuencia en nuestra acción pastoral marcamos el acento sólo en la dimensión litúrgica con desmedro de la catequesis, o por el contrario, enfatizamos la acción catequística independientemente de la liturgia, presenta como ideal la urgencia de buscar por todos los medios la unidad entre catequesis y liturgia. Ofrece como paradigma el método catecumenal mistagógico de los primeros siglos de la Iglesia.

Palabras clave: Catequesis, Liturgia, Palabra, Iniciación cristiana, Comunidad, Mistagogia.

625

medellín 136 / Diciembre (2008)

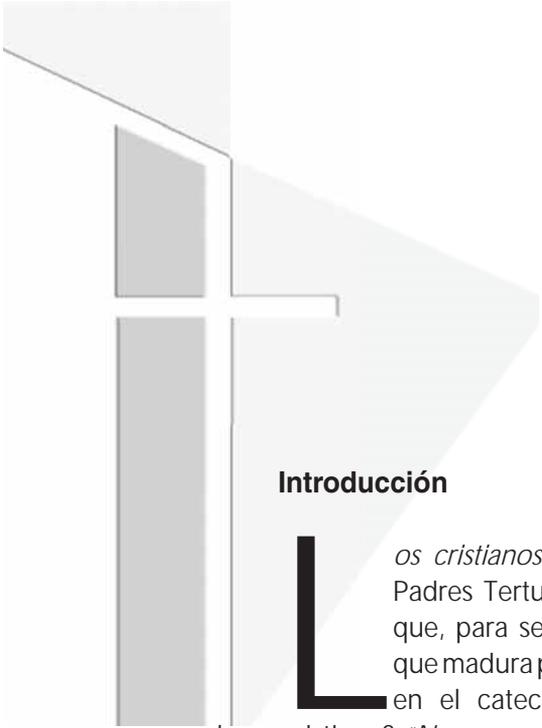
* OFMCap - Maestro en Liturgia y Teología Sacramentaria. Secretario Ejecutivo del Departamento de Misión y Espiritualidad – CELAM. Email: mision_esp@celam.org



Sumário

O autor, preocupado, porque com freqüência em nossa ação pastoral acentuamos somente a dimensão litúrgica com prejuízo da catequese, ou pelo contrário, enfatizamos a ação catequética independentemente da litúrgica, apresenta como ideal a urgência de buscar por todos os meios a unidade entre catequese e liturgia. Oferece como paradigma o método catecumenal-mistagógico dos primeiros séculos da Igreja.

Palavras chaves: Catequese, Liturgia, Palavra, Iniciação Cristã, Comunidade, Mistagogia.



Introducción

Los cristianos no nacen, se hacen, decían los Santos Padres Tertuliano y Jerónimo. Querían con eso decir que, para ser cristiano se requiere decisión personal, que madura progresivamente y se desarrolla lentamente en el catecumenado. Entonces, ¿Cómo alguien se hace cristiano? *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*¹. Alguien se torna cristiano cuando tiene este encuentro personal, significativo, apasionante con Jesucristo, no en una perspectiva emocionalista y subjetivista, sino como traducción en los ámbitos espiritual, vivencial, social y pastoral de un dogma central de la fe cristiana: que Jesús es “una persona”. Tanto la catequesis y el anuncio kerygmático (DA 279), como la liturgia (DA 251) anuncian la persona de Jesucristo para que lo conozcamos. Pero frecuentemente nos es muy difícil conocer la persona de Jesucristo, pero, como ya se señaló, lo que es decisivo e indispensable para tornarse cristiano es conocer a Jesús en persona. Ese conocimiento personal de Jesús produce el verdadero encuentro con Él, creando un vínculo familiar, una adhesión afectiva y efectiva con su proyecto: el Reino. Y, a su vez, nos configura con Él a través de la vivencia radical de su mandamiento: el Amor. *“Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigado en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos misioneros”*².

El Documento de Aparecida advierte que *“son muchos los creyentes que no participan de la Eucaristía dominical, ni reciben con*

1 DCE 12, DA 243.

2 DA 11.



*regularidad los sacramentos, ni se insertan activamente en la comunidad eclesial. Tenemos un alto porcentaje de católicos sin consciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable*³. O sea, se constata una crisis de identidad y de pertenencia cristiana y eclesial. La cuestión que se nos plantea es: ¿Cómo la catequesis y la liturgia, medios privilegiados que forjan la identidad cristiana y la pertenencia eclesial, pueden contribuir más para este encuentro personal con Cristo?

A través de un análisis de la realidad, del rescate de algunos elementos históricos, de un volver a las fuentes purísimas y cristalinas del cristianismo, de la vida de la Iglesia, de la consideración de las propuestas del Directorio General de Catequesis⁴, del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos⁵, del Documento de Aparecida⁶ y de otras fuentes catequéticas y litúrgicas, buscaremos algunas pistas que puedan contribuir para que la liturgia y la catequesis contribuyan con el sueño de llevar a todos los bautizados e ser “discípulos misioneros de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida para que todos los pueblos tengan vida en Él”.

1. El presente del mundo y de la Iglesia

Vivimos en un mundo acentuadamente paganizado y materializado, en el cual se constata el aumento de la indiferencia religiosa y la descreencia; la crisis de identidad de muchos católicos, la falta de credibilidad de la Iglesia, de modo especial en cuanto institución, hasta el punto que, para muchos, ésta constituye más un obstáculo que un instrumento de evangelización.

En este mundo encontramos personas que apenas soportan el presente. Otras ya no buscan nada, conscientes de que no tienen más que el hoy para vivir. Otras recurren al pasado como fuente de sentido, sintiéndose perturbadas, desorientadas y traicionadas por

³ DA 286.

⁴ CELAM – Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis*. Paulinas Santafé de Bogotá, D.C. – Colombia. 1997.

⁵ Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos – RICA, Barcelona – España, 1976.

⁶ CELAM, *Documento conclusivo de Aparecida*. San Pablo & Paulinas, Bogotá D.C. – Colombia, 2007.

este ahora tan cambiante. Muchas que viven un presente agitado, fugaz y superficial, buscan felicidad en la materialidad, buscan placer para sentirse vivos, buscan “conexiones” con personas y máquinas para superar su soledad⁷. Encontramos muchos cristianos tristes, perdidos, sin saber qué rumbos tomar ni qué pasos dar.

Vivimos, de cierta manera hoy, *el crepúsculo del futuro y una especie de intemperie espiritual*. Vivimos un ocaso del futuro caracterizado por una fuerte y generalizada incredulidad. La creencia de que la ciencia y la tecnología todo lo pueden, que las grandes ideologías, tanto políticas como religiosas, que supieron consolar y también oprimir a las masas son eternas y que el sistema de mercado es omnipotente, se va resquebrajando. El futuro no tiene la fuerza, vitalidad y luminosidad del sol del medio día. Pareciera que frente al crepúsculo del futuro, el único camino que se divisa es el pesimismo, el desencanto, la fragmentación, el hedonismo: la subjetividad llevada al extremo⁸.

Sin embargo, ante este panorama, el presente aparece como un manantial de fuerzas, vitalidades y luminosidad: el espíritu está al descubierto, ya no aplastado, arrinconado, comprimido. Esto se refleja en el resurgimiento de lo religioso, lo sagrado, lo espiritual. Hoy, en cada momento presente, tenemos la opción de experimentar la plenitud del amor de Dios. No sólo existen rostros adoloridos y desilusionados. En América Latina y el Caribe hay rostros resucitados que contagian vida y esperanza. Es un tiempo de sueños y de auténticas búsquedas⁹. Crece la convicción de que se está gestando y un tiempo que nos exige redescubrir el presente y aprender a vivir en él. Soñamos con un mundo diferente, con “*un nuevo cielo, una nueva tierra*” (Ap 21,1), donde no haya más hambre, miseria, injusticia, violencia. Soñamos con *otro mundo posible – otro cristianismo posible – otra Iglesia posible - otras relaciones posibles*¹⁰. Relaciones

⁷ Cf. CERVIÑO, Lucas, *Antropología Misionera hoy. Hoy, ¿qué persona para evangelizar?* Ponencia hecha en el Segundo Simposio de Misionología en preparación al CAM3 y COMLA8 – Quito, Ecuador, 30 de julio a 3 de agosto de 2007.

⁸ Cf. ídem.

⁹ Cf. ídem.

¹⁰ Cf. POTENTE, Antonieta, *Historia inédita de una mujer Hebrea*. Ponencia hecha en el I Congreso Internacional de Teología Mariana. Septiembre 14 al 27 de 2008 – Chiquinquirá – Colombia.



nuevas con Dios, con los otros, con la naturaleza toda. Soñamos con un *Continente de Esperanza y Amor*.

No podemos quedarnos como meros espectadores de la historia, sino ser actores de nuestro destino, permitiendo que el Espíritu Santo llegue al corazón y el alma de la humanidad, gestando hombres nuevos y mujeres nuevas. *“La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente... Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu Santo que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza”* (DA 362).

2. Situación de la Catequesis y de la Liturgia

En relación a la catequesis y a la liturgia, se constata una cierta decepción, señales de desánimo y un sentimiento difuso de dudas sobre qué y cómo hacerlo. Algunos hechos nos permiten afirmar, con mucha objetividad, que en su globalidad, la “máquina de la catequesis y de la liturgia” no funciona bien, que éstas no empujan juntas ni en la misma dirección, no alcanzan sus objetivos, y exigen un reajuste radical. El Directorio General de Catequesis advierte que, a menudo, la práctica catequética muestra una vinculación débil y fragmentaria con la liturgia: una limitada atención a los signos y ritos litúrgicos, una escasa valoración de las fuentes litúrgicas, itinerarios catequéticos poco o nada conectados con el año litúrgico, presencia marginal de celebraciones en los itinerarios de la catequesis (DGC 30). Por otra parte, muchas veces la liturgia es instrumentalizada en virtud de objetivos catequéticos que no respetan su naturaleza celebrativa y simbólica.

Hay una crisis en el proceso de iniciación cristiana. Este proceso, para muchos jóvenes se tornó, paradójicamente, en un proceso de conclusión de la vida cristiana. Se percibe también que, una catequesis excesivamente preocupada con los aspectos pedagógicos y una liturgia preocupada con los aspectos más celebrativos, llevaron a una gran falta de integración y entendimiento, o encontraron vínculos de unión únicamente en los aspectos prácticos, sin encontrar unidad de fondo.



El Documento de Aparecida destaca que *“a pesar de la buena voluntad, la formación teológica de los catequistas no suele ser la deseable. Los materiales y subsidios son con frecuencia muy variados y no se integran en una pastoral de conjunto; y no siempre son portadores de métodos pedagógicos actualizados. Los servicios catequísticos de las parroquias carecen con frecuencia de una colaboración cercana de las familias. Los párrocos y demás responsables no asumen con mayor empeño la función que les corresponde como primeros catequistas”* (DA 296). Pero, también señala avances en el campo de la renovación catequética, en una mejor formación de generosos catequistas, de una renovación litúrgica que acentúa la dimensión celebrativa y festiva de la fe cristiana, centrada en el misterio pascual de Cristo Salvador, en particular en la Eucaristía (DA 99). En muchas comunidades eclesiales de base se percibe una “primavera litúrgica”, con celebraciones vivas, creativas, donde se constata el rescate de los elementos presentes en las primeras comunidades cristianas, con el desarrollo de una diversidad de ministerios, fruto de una sed y de una búsqueda de formación bíblica, litúrgica y catequética.

3. La unidad entre catequesis y liturgia

La relación entre catequesis y liturgia tiene una larga y sólida tradición, toda vez que la liturgia, en particular la eucaristía y los otros sacramentos, siempre constituyeron un punto de referencia y un ambiente privilegiado para el ejercicio de la catequesis. Momento fuerte de la vida de la comunidad, la liturgia fue siempre educadora de su fe. Si la liturgia ocupa un lugar tan importante en la vida de la comunidad, ésta necesita una sistemática y esmerada educación, para la celebración y el sentido litúrgico. La catequesis, que es un aprendizaje permanente, un ejercicio constante de la vida cristiana, no puede limitarse a una formación meramente doctrinal sino que ha de ser una verdadera escuela de formación integral. Por tanto, se ha de cultivar la amistad con Cristo en la oración, al aprecio por la celebración litúrgica, la vivencia comunitaria, el compromiso apostólico mediante un permanente servicio a los demás (DA 299). Siguiendo la pedagogía de Jesús¹¹, la catequesis se desarrolla

¹¹ Ver artículo: *Pedagogía de Jesús, un camino para la misión continental*, en la Revista Medellín, vol. XXXIV – nº 135 / septiembre 2008.



progresivamente, considerando y asumiendo cuatro desafíos: a) Una iniciación global y sistemática en el conocimiento del misterio de la salvación; b) Una iniciación y formación para celebrar la fe en la liturgia; c) Una asimilación de las actitudes y prácticas de Jesucristo; d) Una iniciación en el compromiso apostólico y misionero¹².

Tanto la catequesis como la liturgia buscan proporcionar un profundo y significativo encuentro personal con Jesucristo, en vista de una adhesión y de un configurarse con Él. Este encuentro se solidifica en el proceso catequético, teniendo como frutos la conversión, el cambio de actitudes, el descubrimiento y contemplación de las maravillas del Señor en la liturgia y en la acción y el fortalecimiento del compromiso misionero. Todo eso acontece por fuerza de la acción del Espíritu Santo, en la medida en que la Palabra y las maravillas de Dios van siendo conocidas, contempladas, vividas y anunciadas. La celebración litúrgica expresa, sella y llena esta acción del Espíritu, que nos transforma en criaturas nuevas y nos hace verdaderamente hijos e hijas de Dios. Vida nueva es la vida humana transformada por el evangelio¹³.

El Concilio recuerda que la liturgia es “acción sacra por excelencia” (SC 7) y que, aunque no agota la totalidad del actuar eclesial (SC 9), representa “el ápice hacia el cual tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de la cual deriva toda su virtud” (SC 10). No se podría resaltar mejor la centralidad de la liturgia en la experiencia cristiana y eclesial. La obra conciliar también contribuyó a superar algunos reduccionismos o degeneraciones heredadas del pasado: la liturgia como “ceremonial” a ser seguido, o como culto al que se asiste pasivamente, o como fuente automática de eficacia espiritual. Todavía estamos lejos de haber eliminado esos y otros desvíos. Están muy presentes en la Iglesia aspectos negativos que prevalecieron durante siglos: formalismo, ritualismo, legalismo, moralismo, clericalismo, un cierto aislamiento de la pastoral litúrgica, la incapacidad de comunicación y la lingüística de muchas celebraciones. Falta una catequesis adecuada; más que

¹² Cf. SIVISNKI, Marcelino, *Liturgia e catequese com adultos*. Em: Segunda semana brasileira de Catequese. Estudos da CNBB – 84. Ed. Paulus, São Paulo – SP, 2002, p. 357.

¹³ Cf Idem. P. 355.

una renovación creativa, se hizo una restauración de la liturgia del pasado. Unas pocas veces se recuperaron y revaloraron aspectos esenciales de la liturgia: la dimensión histórico-salvífica, la centralidad cristológica, la perspectiva eclesial y escatológica, una sana creatividad y inculturación. Es necesario reubicar la liturgia en el contexto de la vida cristiana de modo que se pueda evitar que quede aislada o que se le atribuya un valor absoluto¹⁴.

4. Liturgia como lugar de la palabra

Encontramos a Jesucristo, de modo admirable, en la Sagrada Liturgia (DA 250) y en la Sagrada Escritura (DA 247). Benedicto XVI advierte que la condición indispensable para que esta nueva etapa que la Iglesia latinoamericana y caribeña se dispone a emprender tenga éxito, *"es el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios. Por eso, hay que educar al pueblo en la lectura y la meditación de la Palabra: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vea que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. Jn 6,63). Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios"*¹⁵. *"La iniciación a la lectura de la Biblia, en la catequesis, debe llevar no solo al contacto con la Palabra de Dios en la lectura personal o grupal de la Escritura; sino principalmente a la comprensión de la Palabra proclamada y meditada en la liturgia. No solo por la riqueza de su contenido bíblico, sino por la naturaleza de síntesis y cumbre de toda la vida cristiana, la liturgia es fuente inagotable de catequesis. En ella se encuentran la acción santificadora de Dios y la expresión orante de la fe de la comunidad. Las celebraciones litúrgicas, como la riqueza de sus palabras y acciones, mensajes y señales, pueden ser consideradas como una catequesis en acto. Pero, a su vez, para ser comprendidas y participadas, las celebraciones litúrgicas o sacramentales exigen una catequesis de preparación o de iniciación"*¹⁶.

¹⁴ Cf. ALBERICH, Emilio, *Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental*. Adaptação para o Brasil e a América Latina: Pe. Dr. Luiz Alves de Lima. Ed. Salesiana. São Paulo – SP, 2004. p. 308.

¹⁵ DI 3.

¹⁶ CNBB, *Catequese Renovada*. Documentos da CNBB, n. 26. Paulinas, São Paulo, 1983. P. 35.



De hecho, la relación estrecha entre liturgia y palabra se revela sobre todo en los sacramentos, cuya "forma" es constituida por la "palabra de fe" (*verbum fidei*) que encarnándose en los ritos, los transforma en sacramentos o *verba incarnata* en analogía con la encarnación de Cristo, Verbo o Palabra de Dios. La liturgia, que es siempre una "palabra de fe" de la Iglesia, sólo se torna eficaz y significativa cuando es celebrada y vivida en la fe. "No existe hecho sacramental sin la fe" (...). No se niega la eficacia *ex opere operato* del rito realizado, pero se desea situarla en el verdadero clima que le permite realizarse. Al binomio "sacramento y fe" se prefiere la fórmula tradicional "sacramento de la fe". Toda la actividad litúrgico-sacramental de la Iglesia se presenta, pues, como una oferta gratuita de la gracia, como una palabra interpelante que solicita la respuesta de fe.

Es importante señalar que la Biblia fue el primer libro litúrgico y el único durante los tres primeros siglos del cristianismo. Heredera del sistema sinagoga, la liturgia cristiana comportaba una lectura continuada de diversas partes de la Escritura. Los libros II y VIII de las *Constituciones apostólicas* hacen mención de cuatro lecturas antes del Evangelio: la Ley, los profetas, las Epístolas y los Hechos¹⁷. La costumbre que se impuso en la Iglesia universal fue terminar con el Evangelio como cumbre, proyectando su luz sobre los escritos que le precedieron. Todas las liturgias hacen preceder la proclamación del Evangelio por una procesión en la cual el libro es honrado como señal de la presencia de Cristo.

Las Escrituras son luz y "fuente de la renovación interior del pueblo de Dios". Por eso el Vaticano II la restauró "más abundante, más variada, y mejor adaptada" (SC 35). "Para presentar a los fieles con más riqueza la mesa de la palabra de Dios, se abrió más ampliamente a los tesoros bíblicos, para que, en un número de años determinados (tres años) se transmita al pueblo lo esencial de las Santas Escrituras" (SC 51). Así, en la misa, la Iglesia "sin cesar toma el pan de vida de las dos mesas

¹⁷ *Constituciones apostólicas* II, 57,5-9 y VIII, 5,11-12, citado por Robert CABIÉ, "L'eucharistie", in A. G. MARTIMORT, *L'Eglise en Prière II*, Desclée, París, 1983, p. 78. En las Iglesias de Antioquia, de Constantinopla, de España e da Galia, se constata el uso de dos lecturas, una de cada Testamento.

de la Palabra y del Cuerpo de Cristo, para ofrecer a los fieles" (DV 21). Una de las más importantes innovaciones del Leccionario del Vaticano II fue la introducción de una lectura del Antiguo Testamento en todas las misas dominicales (excepto en el tiempo pascual). El sistema de dos lecturas, antes en vigor, no contenía jamás (con excepción de ciertas fiestas, cuaresma y adviento) lecturas vetero-testamentarias en el domingo. La adopción del sistema de tres lecturas en un ciclo de tres años permitió introducir en el leccionario 171 textos del Antiguo Testamento¹⁸, en orden disperso, porque ellos son en general ligados al Evangelio del día. Como tal, el texto responde a diversas funciones: puede tratarse de un pasaje parcialmente citado por el evangelista; o puede hablar de un personaje del Antiguo Testamento que puede aparecer como una prefigura de Cristo; o aún de reproche de una situación que sirve de telón de fondo a la cena evangélica.

El Documento de Aparecida nos indica que entre las muchas formas de acercarse a la Sagrada Escritura, hay una privilegiada a la que todos estamos invitados: la *lectio divina* o ejercicio de la lectura orante de la Sagrada Escritura. Esta lectura orante, bien practicada, conduce al encuentro con Jesús-Maestro, al conocimiento del Jesús-Mesías, a la comunión con Jesús-Hijo de Dios, y al testimonio de Jesús-Señor del universo.

V - Dimensión catequética de la liturgia

La liturgia tiene una importante función catequética (cf. SC 33). En cuanto "fuente primera e indispensable" del espíritu cristiano (cf. Sc 14), ella puede ser llamada "catequesis permanente de la Iglesia", manantial inagotable de catequesis" (RdC 113), preciosa catequesis en acción". En virtud del famoso principio *lex credendi, lex orandi*¹⁹,

¹⁸ La distribución de estos textos en el año busca dar una cierta vista del todo del Antiguo Testamento: 43 del Pentateuco, 24 de los libros históricos, 21 de los libros sapienciales, 83 de los profetas. Cf. Claude WIENER, "L'Ancien Testament dans le lectionnaire dominical", in LMD 166, 1986, 47-60.

¹⁹ Adagio de Próspero de Aquitania, secretario del Papa San León en la mitad de siglo V, que expresa la preocupación siempre presente en la Iglesia con la unidad en la fe. La búsqueda de una sana ortodoxia y el combate contra las herejías, no ha solamente aclarado cuestiones doctrinales, sino ha traído remarcables avances en el dominio



la liturgia contiene, en forma expresiva y unitaria, la globalidad del mensaje cristiano y es considerada como “fuente” de la catequesis. La reflexión catequética en ella ve un gran catecismo vivido, de gran riqueza y eficacia, con su variedad de ritos, celebraciones, textos y acontecimientos: Toda la catequesis está en el Misal. Se trata de saber encontrarla y, principalmente, transmitirla a los niños, de la misma forma que la Iglesia la transmite a nosotros. “*La forma más eficaz de predicación de una verdad de fe es la de una fiesta*”²⁰. Celebración y fiesta tiene un significado verdaderamente esencial para la vida de las personas, de los grupos, de los pueblos. Y están fuertemente ligadas al desarrollo de las experiencias religiosas.

“La liturgia representa la tradición más íntima de la Iglesia; el padre Congar ha escrito que la Iglesia se identifica más con su liturgia que con su teología”²¹. La liturgia es fundamentalmente una acción, una –urgia, un *ergon*. Ella es del orden de lo simbólico, mientras que la teología, y normalmente la catequesis, es una –logia, un *logos*, del orden de lo racional. La liturgia tiene relaciones más directas con la vida del cristiano. La fe, que es ante todo un don de Dios, se construye

especulativo y práctico de la teología. Fue en el cuadro de las controversias alrededor de los errores pelagianos en la mitad del siglo V donde aparece el famoso adagio: *lex orandi, lex credendi*, traducido literalmente por: “la ley de la oración es la ley de la fe”. Los discípulos de Pelagio tenían la tendencia de negar la importancia de la gracia de Dios, considerando que sus esfuerzos podrían llevarlos a la fe y a la vida cristiana. Para probar a sus adversarios la necesidad de la gracia, Prospero de Aquitania, desarrolla en su obra *Auctoritates de gratia* en un primer momento, argumentos de autoridad a los cuales sus contradictores daban mucha importancia. En el capítulo ocho, encontramos el argumento litúrgico que tiene su fuerza en la recomendación de Pablo a Timoteo: “*Te ruego ante todo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y todos los que tienen autoridad, para que podamos gozar de una vida tranquila y apacible plenamente religiosa y digna*” (1 Tm 2,1-2). Si la Iglesia tiene el hábito de orar por los infieles y por otros enemigos de la cruz de Cristo para que se conviertan a Dios y reciban la fe de la caridad, es suficiente prueba de que sólo Dios puede ser el autor de la conversión. “La orden de suplicar”, formulada por la Biblia fue llevada a la práctica por la Iglesia, “determina entonces la regla de la fe”. Como ya decía San Agustín, “Es la oración misma que es la prueba más evidente de la gracia”. En otros términos. Dentro del contexto, la *lex orandi* sirvió para determinar (*stauere*) la *lex credendi*; la liturgia ofreció argumentos que resolvieron el problema doctrinal.

²⁰ ALBERICH, Emilio, op. Cit. P. 315.

²¹ Paul DE CLERCK, “La liturgie lieu théologique” dans *La liturgie lieu théologique*, coll. Sciences théologiques & religieuses 9, Faculté de Théologie et de Sciences Religieuses – Institut Catholique de Paris, sous la direction de Paul DE CLERCK, Beauchesne, Paris, 1999, p. 125-142.

más por la liturgia que por la teología. La liturgia es un verdadero lugar teológico²². El Papa Pío XI la llama el “órgano más importante del magisterio ordinario de la Iglesia”, ella es considerada, con razón, como verdadera disdascálía de la Iglesia, vehículo y expresión de la fe, órgano de la Tradición, verdadero y propio *locus theologicus*.

La liturgia tiene, por tanto, un gran potencial evangelizador y catequético. Sin perder su especificidad, es una forma excelente de evangelización y de catequesis. Sin embargo, para tornarse catequesis en acción, la liturgia tiene que recurrir a un largo camino de renovación, de evaluación de sus lenguajes simbólicos, de inculturación, siguiendo las leyes de toda comunicación de la fe válida y correcta.

Pero la teología también imprime su marca en la liturgia. Muchos ejemplos muestran la utilización inversa del adagio, para hacerlo decir lo contrario de lo que él quiere significar. El adagio no agota el sentido de relaciones entre liturgia y teología. La teología y el Magisterio dan directivas litúrgicas, como ocurre en ciertas reformas litúrgicas. En el *Proemium* ajuntado en 1975 a la *Presentación General del Misal romano*, encontramos el mismo cambio: “Es así que en el nuevo Misal, ‘la regla de la oración’ (*lex orandi*) de la Iglesia corresponde a su constante ‘regla de la fe’ (*lex credendi*)”²³. Lo que oramos es la teología aprobada, confirmada oficialmente.

Se afirma que “la liturgia es la fuente de toda la caridad” y, al mismo tiempo, la caridad debe ser la “verdad de la liturgia”. En esta perspectiva, Tereza Berger²⁴, cuestiona: ¿por qué la ética nunca tuvo una mayor importancia en la reflexión teológica? El *logos* tiene siempre el primado sobre el *ethos*. Por eso, en su reflexión, ella acrecienta un tercer término, la *lex agendi*, para designar la dimensión ética, indispensable a toda acción litúrgica. Sin embargo, la oración, la fe y la acción ética son los aspectos fundamentales de la existencia cristiana, corresponden a la triple vocación cristiana: sacerdotal,

²² Cf. Idem.

²³ Presentación general del Misal romano, Proemium n°

²⁴ Tereza BERGER, “Lex orandi – lex credendi – lex agendi. Auf dem Weg zu einer ökumenisch konsensfähigen Verhältnisbestimmung von Liturgie, Theologie und Ethik”, in *Archiv für Liturgiewissenschaft* 27, 1985, p. 425-432.



profética y regia. K. Irwin²⁵, a su vez, aplica la *lex agendi* al actuar litúrgico propiamente dicho, y por la *lex vivendi*, él indica la relación ética, lo que parece ser más lógico.

La “*participación plena, consciente y activa*” (SC 11) en las celebraciones, exigida por la naturaleza misma de la liturgia, es para cada cristiano una escuela de fe en acto, de una fe que no existe si no es expresada y que cambia al creyente: venimos a la liturgia como somos, y somos instituidos como debemos ser. La salvación, la gracia, el crecimiento de la fe, la esperanza y la caridad, como efectos primarios del culto, no son perceptibles directamente por sí mismos, sino solamente indirectamente en sus repercusiones en la vida individual y social (cf. Stgo 2,14-18). “*La verdad cristiana, transmitida de generación en generación, no es una cosa abstracta, sino una manera de pensar que es al mismo tiempo una manera de actuar. La contra-prueba de la experiencia cristiana es muchas veces más ilustrativa y la ortodoxia hace valer su autenticidad en la orto praxis reconocida por todos*”²⁶.

El cristiano experimenta la oración como una palabra recibida. Participando en la liturgia, él aprende de la Iglesia su lengua materna, la de los padres de la fe. “El Evangelio de Jesucristo determina la ley de la oración y de la fe y del amor”²⁷. La dimensión social es un elemento central y un aspecto constitutivo de la liturgia y de los sacramentos. Ella encuentra su expresión máxima en la eucaristía que es en sí misma una escuela de amor activo en favor del prójimo. Para ser auténtico, el culto debe aumentar la consciencia de la dignidad del hombre. Esta consciencia se torna el motivo más profundo de nuestra relación con el prójimo.

²⁵ K. IRWIN, *Context an text. Method in Liturgical Theology*, Collegeville, The Liturgical Press, 1994. Citado por Paul DE CLERCK, “Lex orandi, lex credendi”, op. cit. P. 64.

²⁶ Gérard PHILIPS, *Seminarium 1*, Roma (Vaticano) 1970, p. 7, citado por G. MARTELET, in *Résurrection, Eucharistie et genèse de l'homme*, Paris, 1972, p. 200.

²⁷ “*Evangelium Jesu Christi legen statuat et orandi et credendi et amandi*”: W. HAHN, “Lex orandi – lex credenda als theologisches Prinzip im Lichte der Heiligen Schrift”, in *Monatschrift für Pastoraltheologie* (Göttingen) 45, 1956, 418; citado por Paul DE CLERCK, LMD 222, p. 68.

6. La catequesis litúrgica

La liturgia necesita de la obra previa y auxiliar de la catequesis, en función de su estructura ritual-simbólica, de la riqueza expresiva de sus señales. El rito litúrgico no es portador tan sólo de su significado natural o espontáneo, sino remate de una historia de salvación que es evocada, ilustrada y vivida. La catequesis en cuanto iniciación a la vida eclesial tiene también la tarea mistagógica de educar para la liturgia, para que la celebración de los ritos cristianos sea expresión de aquel camino de fe que le garantice la verdad y la autenticidad: La catequesis, además de propiciar el conocimiento del significado de la liturgia y de los sacramentos, ha de educar a los discípulos de Jesucristo *“para la oración, la acción de gracias, la penitencia, la plegaria confiada, el sentido comunitario, la captación recta del significado de los símbolos...”*, ya que todo ello es necesario para que exista una verdadera vida litúrgica (DGC 85).

La celebración litúrgica es algo inherente al proceso catequético, pues el misterio de la salvación, reflejado en la catequesis y que es alimento de la fe, es celebrado en la comunidad eclesial. La fe sólo es auténtica y verdadera cuando es proclamada, celebrada y testimoniada. La catequesis debe estar al servicio de y debe ayudar a participar *“plena, consciente y activamente en las celebraciones litúrgicas”* de los fieles (SC 14; DGC 85). Ella tiene una tarea de ilustración y de iniciación que se lleva a los diversos planes de la realidad litúrgica: el plan de la celebración; el plan del misterio; el plan de la existencia.

La liturgia utiliza abundantemente el lenguaje simbólico. El símbolo es, en verdad, *“el lenguaje del misterio”*, debido a su carga evocadora y reveladora. Es el vehículo ideal, indispensable, para la expresión y comunicación de la experiencia religiosa. En este sentido la liturgia, se torna un instrumento privilegiado de comunicación catequética: La liturgia puede tornarse, para la catequesis, en un manantial inagotable de elementos simbólicos o de motivos concretos para iniciar a los individuos en los aspectos del misterio de Cristo y de la Iglesia y para promover la fe y la vida cristiana.

El lenguaje ritual y simbólico de la celebración se encuentra en el corazón de la liturgia y de la piedad cristiana. En ese sentido las



celebraciones cristianas, especialmente las litúrgicas, encierran en alto grado las potencialidades pedagógicas y pastorales que apuntamos. Es fácil constatar la afinidad que existe entre la tarea de la catequesis y las virtudes pedagógicas de las celebraciones cristianas. La ligación estrecha que existe entre experiencia, valores y celebraciones nos permite formular una especie de ley estructural de la comunicación religiosa: lo que no es celebrado no puede ser aprehendido en su profundidad y en su significado para la vida. También la fe, para que se torne experiencia significativa y interpretativa de la existencia, precisa ser celebrada (DGC 84). Por tanto, la catequesis no puede negligenciar los momentos celebrativos y rituales: sin celebración de la fe no existe comunicación ni maduración de la fe.

Las virtudes pedagógicas de la celebración contribuyen para que se logren los más importantes objetivos catequéticos: interiorización de las actitudes de fe, esperanza y amor, maduración del *sensus ecclesiae*, educación para el compromiso cristiano en la Iglesia y en la sociedad. La catequesis tiene una dimensión litúrgica, pero eso no significa que todo el proceso catequético deba tener necesariamente un estilo o un camino de tipo litúrgico. No existe solo la catequesis litúrgica: existen muchas posibilidades de comunicación auténtica de la fe en el desarrollo de la acción catequética: el diálogo, la enseñanza, la reflexión en grupo, la discusión, la lectura de documentos etc. Resaltar la importancia de la relación entre liturgia y catequesis no significa dar una importancia absoluta al lenguaje litúrgico ni restringir indebidamente las modalidades de la comunicación religiosa.

La tarea continúa abierta y está lejos de haber logrado los efectos que serían deseables, y son muchos los factores negativos que comprometen la transparencia de la "palabra" litúrgica: símbolos obsoletos, ritos incomprensibles, lenguaje distante, falta de gusto, improvisación, etc. Del punto de vista pastoral y catequético, la liturgia está lejos de saber aprovechar sus potencialidades.

7. RICA – Paradigma mistagógico para la catequesis y la liturgia

La Constitución "Sacrosanctum Concilium" sobre la Sagrada Liturgia, recuperó muchos elementos importantísimos y esenciales

que habíamos perdido durante prácticamente todo el segundo milenio. Uno de esos elementos es el catecumenado²⁸, como proceso de “hacerse cristiano”. El Directorio General para la Catequesis (nº 90) y el Documento de Aparecida (nº 298), también presentan el catecumenado bautismal como referencia y modelo inspirador para la acción catequizadora, incluso para las personas que ya fueran bautizadas pero no debidamente evangelizadas. Esta inspiración se refiere tanto a los contenidos, como a la pedagogía y los métodos. En esta perspectiva, el método mistagógico²⁹ usado por los Santos Padres, hoy es señalado para la formación cristiana en general, en la liturgia, en la teología y, principalmente, en la catequesis litúrgico-sacramental. El punto de referencia de ese tipo de formación es la acción litúrgica y la experiencia que nos proporciona un contacto vivo y personal con el misterio de nuestra fe. Su utilización es muy pertinente y recomendable, pues tiene mucho que ver con la teología ‘mística’ de la liturgia, o sea, liturgia como celebración del misterio de Dios que se revela a lo largo de la historia de la salvación, culminando en Cristo. Es imposible expresar el misterio en categorías racionales o transmitirlo con una explicación racional. El misterio puede ser aprehendido solamente por la *experiencia* y expresado en lenguaje simbólico.

Según Ione Buyst, la liturgia es la condensación de ese misterio en acción simbólico-ritual. Por sí sola, ella es mistagógica, porque nos hace entrar en el misterio por la participación activa, interna y externa, consciente, fructuosa y plena. La catequesis mistagógica abre (enseña) ese camino, ayudando a la persona a bucear en el misterio partiendo de las ‘señales sensibles’ de la liturgia. Se trata de ayudar en la *simbolización*, en el paso de la señal material, sensible

²⁸ La palabra “catecumenado” se origina del verbo griego *Katechéin*, que significa: resonar, hacer sonar a los oídos, por extensión, instruir, catequizar. Así, quien participa del catecumenado es llamado catecúmeno: aquel que está siendo instruido, catequizado, el que está siendo iniciado en la escucha de la Palabra de Dios, en el ejercicio de la vida cristiana, en el cambio, en la conversión radical de vida.

²⁹ La palabra “mistagogía”, etimológicamente significa “conducir hacia dentro del misterio”, “introducir en el misterio”. Una catequesis mistagógica explicita teóricamente la experiencia de los sacramentos recibidos, o sea, es una teología de los sacramentos y de la liturgia que no se separa de la experiencia mediada por los mismos, pues por la acción ritual somos introducidos, iniciados, empapados en el misterio. Lo que la palabra anuncia y la teología explica, la liturgia lo ofrece a la experiencia de la fe, en una comunión-comunicación.



(‘significante’) a la realidad espiritual *significada y realizada* por la señal, mostrando la relación de determinada acción ritual con la experiencia del pueblo de Dios a lo largo de la historia de la salvación, con la debida profundización teológica, apuntando a su culminación en Jesucristo y su actualización en nosotros por la participación en la liturgia. Por medio de la experiencia ritual pasamos a la experiencia del misterio en la liturgia y en la vida³⁰.

Un lugar privilegiado para la catequesis mistagógica es la *propia liturgia*. Toda introducción, invitación y, sobre todo, la homilía, en cualquier celebración litúrgica, debería tener una dimensión mistagógica, uniendo textos bíblicos con la vida y con la acción ritual que está siendo realizada. El año litúrgico, en su organización y pedagogía, es un camino mistagógico que nos es ofrecido y por el cual vamos progresando en la vida cristiana, viviendo, profunda y conscientemente las varias facetas del único Misterio de Cristo, nacimiento, misión, pasión, muerte, resurrección, envío del Espíritu Santo, parusía...³¹.

La Pascua de Cristo es el misterio fundamental, la realidad en la cual está basada nuestra fe cristiana. Cristo murió y resucitó; pasó de la muerte a la vida. No se trata de una verdad meramente intelectual; se trata de una realidad que está presente en nuestra propia vida, en nuestra historia: *“Pascua de Cristo en la pascua de la gente. Pascua de la gente en la Pascua de Cristo”*³². Es decir: las alegrías y tristezas, las angustias y esperanzas, las experiencias de vida y de muerte, nuestras y de todas las personas del mundo entero, son habitadas por el propio Cristo. *“Cristo hoy, principalmente por su actividad pascual, nos lleva a la participación del misterio de Dios. Por su solidaridad con nosotros, nos hace capaces de vivificar nuestra actividad con el amor y de transformar nuestro trabajo y nuestra historia en gesto litúrgico, o sea, de ser protagonistas con Él de la construcción de la convivencia y las dinámicas humanas que reflejan el misterio de Dios y constituyen su*

³⁰ Cf. BUYST, Ione, *Mistagogía hoje: como e quando?* Artículo publicado en la Revista de Liturgia, n° 202, julio / agosto 2007, p. 11.

³¹ Cf. Idem.

³² CNBB, Doc. 43, *Animação da vida litúrgica no Brasil*, elementos da pastoral litúrgica. São Paulo, Paulinas, 1989.

*gloria viviente*³³. Es el misterio pascual aconteciendo hoy, de forma dinámica, en nuestra historia personal y social.

El método mistagógico lleva a pasar de la 'materialidad' de los ritos hasta su sentido simbólico, su 'misterio' y hasta la realidad que se esconde en los ritos. El misterio es una realidad tan rica, compleja, amplia y profunda, que es imposible expresarla o explicarla racionalmente. El misterio no es irracional, pero sobrepasa la razón. Por eso, sólo tenemos acceso a él por un camino hecho de experiencia y de sabiduría que valora el conocimiento racional y simbólico. Es por eso que, para expresar e intensificar nuestra participación en el misterio pascual, lo celebramos en la liturgia, que se vale del lenguaje 'total' de los símbolos, mitos y ritos, los únicos capaces de alcanzar nuestro ser por entero. La propia liturgia también es llamada 'misterio', porque celebrando el memorial, es el propio Cristo que nos alcanza y nos permite adentrarnos en el misterio de la comunión con Él y con el Padre, en el Espíritu Santo.

El RICA - *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos* (1972), rescata, asume y nos presenta este itinerario gradual y progresivo de evangelización, iniciación, catequesis y mistagogía, camino de formación cristiana. De ahí emergen tanto el primado de la evangelización, el anuncio kerygmático, como: la función de la comunidad cristiana, la importancia del año litúrgico en la catequesis permanente de la Iglesia, la conexión estrecha y orgánica de los tres sacramentos de la iniciación cristiana, el papel de una catequesis del tipo mistagógico de los sacramentos ya recibidos, en vista de una experiencia más plena de su eficacia divina, experiencia que encuentra su lugar en la participación en la vida de la comunidad eclesial, por medio de la catequesis, de la celebración litúrgica y del testimonio de una vida nueva³⁴.

El catecumenado es un espacio de tiempo en el cual los candidatos reciben una formación gradual, adquieren madurez y se ejerciten en la vida cristiana. Para lograr este objetivo, el RICA nos presenta cuatro medios básicos:

³³ Documento de Puebla, n. 213.

³⁴ Cf. SIVINSKI, Marcelino, op. Cit. P. 374.



- La catequesis, distribuida por etapas e integralmente transmitida, relacionada con el año litúrgico y apoyada en las celebraciones de la Palabra, lleva a los catecúmenos, no sólo al conocimiento de los dogmas y preceptos, sino a la íntima percepción del misterio de la salvación del cual desean participar.
- Familiarizados con la práctica cristiana de la comunidad, se acostumbran a orar más fácilmente, a dar testimonio de la fe, a guardar en todo la esperanza de Cristo, a seguir en la vida las inspiraciones de Dios y a practicar la caridad para con el prójimo hasta la renuncia de sí mismo.
- Ayudados en su caminata por la Madre Iglesia, a través de los ritos litúrgicos apropiados, son paulatinamente purificados por ellos y protegidos por la bendición divina.
- Al ser la vida de la Iglesia apostólica, los catecúmenos también aprenden, por el testimonio de vida y la profesión de fe, a cooperar activamente en la evangelización y edificación de la Iglesia³⁵.

Para que cualquier forma de catequesis se realice en su integridad, es necesario que estén indisolublemente unidos: el conocimiento de la Palabra de Dios, la celebración de la fe en el sacramento y la confesión de la fe en la vida cotidiana. Conocemos el Misterio de Cristo por la catequesis. Lo celebramos por la liturgia y lo vivimos por la caridad en la vida cotidiana, para transformar el mundo.

7.1 Iniciación Cristiana

La iniciación cristiana en América Latina y en El Caribe es todavía un desafío que debemos afrontar con decisión, con valentía y creatividad, ya que en muchas partes ésta ha sido pobre y fragmentada (DA 287). Somos un gran Continente de bautizados, pero sin energía cristiana, que vive una situación de divorcio entre fe y vida, al punto de que no nos conmueven los clamores, las situaciones de injusticia,

³⁵ Cf. Idem. P. 357.

de desigualdad social y de violencia. Esta falta de energía cristiana provoca también la falta de vocaciones para los diversos ministerios en la Iglesia. O educamos en la fe, poniendo a la gente realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora.

La Iglesia necesita leer los signos de los tiempos a partir del modelo de las primeras comunidades cristianas, con los pies en el suelo. La misión de la Iglesia es ser señal y presencia en la sociedad, ayudando a crear comunión solidaria con la sociedad, teniendo como horizonte la Trinidad. El Vaticano II insta a retomar la "iniciación cristiana" – el catecumenado – como proceso de profundización del misterio cristiano, a ejemplo de las primeras comunidades cristianas.

Los primeros cristianos tomaron prestado de los paganos el concepto de "iniciación", que no se encuentra en los escritos bíblicos. El término "*iniciación*" es de origen latino, del verbo "*inire*", que significa: "entrar adentro", "introducir en el camino". El verbo "*inire*" traduce el griego "*myein*", raíz de la palabra misterio, que a la vez, recuerda las religiones místicas, que exigían de sus adeptos una iniciación a través de enseñanzas, ritos y experiencias religiosas. Por medio de la iniciación el candidato pasaba a ser miembro del grupo e hijo de la divinidad. La iniciación es un proceso que integra un conjunto de ritos, enseñanzas y prácticas con el objetivo de producir un cambio radical en la persona iniciada. Es tornarse otro.

7.2 Iniciación como camino

La iniciación religiosa es un camino simbólico, personal y comunitario, que hace a un individuo pasar de una situación a otra nueva realidad de vida. Implica una introducción orientada y una incorporación progresiva en la vida de una comunidad, en su experiencia, en sus creencias y valores, en sus ritos y símbolos. En el proceso de iniciación religiosa, se puede distinguir cuatro elementos constitutivos:

- a) **Instrucción:** toda la iniciación implica una instrucción, entendida como enseñanza – conjunto de conocimientos necesarios para la comprensión de la religión y del grupo, cuyo *método es la*



memoria de los acontecimientos fundamentales del pasado, de la tradición y del futuro – El iniciado es introducido en las creencias, en los comportamientos y en las esperanzas del grupo. Durante la iniciación el iniciado deberá hacer memoria de su propia historia (cf. Dt 26,5ss; Lc 24,13-35).

- b) **Adquisición de aptitudes y actitudes:** la transformación de la persona y su integración en un determinado grupo, requiere que él asuma las normas de comportamiento, valores, símbolos y creencias del grupo. Tal apropiación puede llevar incluso al cambio de nombre y de las vestiduras.
- c) **Ritualidad:** la iniciación comprende un conjunto de ceremonias rituales que den cierto ritmo al proceso, distinguan las etapas y hagan que las realidades evocadas progresivamente se tornen presentes. Normalmente la transformación genera conflictos y tensiones emocionales intensos. Los ritos tienen la función de acompañar, facilitar y orientar el proceso transformador.
- d) **Estructura de tránsito:** toda la iniciación supone una estructura de “muerte” y “renacimiento” de la persona. Por medio de la muerte iniciática la persona muere para el tipo de vida que venía llevando hasta entonces y es conducida a los orígenes. El nuevo nacimiento significa la creación del nuevo ser, o sea, de la nueva criatura (cf. Rm 6,4-5).

7.3 Punto de partida: la comunidad

El punto de partida para una iniciación cristiana es la comunidad, pues es responsabilidad de todos los bautizados, miembros del pueblo de Dios. La Iniciación Cristiana es un don de Dios para la comunidad. Cuando genera nuevos hijos e hijas, la comunidad es renovada en la fe: profundiza su comprensión del misterio pascual; retoma la actitud de conversión; pasa a obedecer con mayor generosidad al llamado del Espíritu Santo (RICA n° 4). A diferencia de los tiempos pre-conciliares, donde la inserción a la vida cristiana era un rito privado y familiar, la Iniciación Cristiana hoy está vinculada a la comunidad de fe: con sus encuentros fraternos, vida litúrgica de oración, celebración de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, reuniones para la toma de

decisiones, grupos de espiritualidad y acción pastoral e iniciativas de solidaridad. Los miembros de la comunidad tienen una contribución fundamental asumiendo diversidad de ministerios: anuncian, con palabras y con el testimonio, la Buena Nueva de Jesucristo; difunden la fe en las varias circunstancias de la vida cotidiana; ayudan a los que buscan a Jesucristo; acogen a quienes piden la fe cristiana.

Conclusión

El “recomenzar a partir de Jesucristo”, la puesta en marcha del proyecto de la misión continental para poner toda la Iglesia en estado permanente de misión y la renovación de la vida eclesial como un todo, dependen mucho de la conducción de la catequesis y de su integración y unidad con la liturgia, pues la catequesis no es solamente conocimiento, ni la liturgia es sólo celebración, sino que ambas participan de las grandes dimensiones de la vida de la Iglesia y ambas inician a las personas en el conocimiento y celebración de la fe. Partiendo de este presupuesto, es seguro que la calidad de las celebraciones depende mucho de la calidad de la catequesis y que la participación consciente, activa, fructuosa, plena en la liturgia y en la vida de la comunidad, se pueden configurar como un proceso orgánico de catequesis, de educación de la fe.

Por tanto, es de vital importancia enfatizar la insistencia de la Iglesia en tomar como paradigma el método catecumenal mistagógico de los primeros siglos de la Iglesia, rescatado y presentado en el Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos. En esta perspectiva, tanto el catequista como el liturgista, tienen que cultivar algunas características fundamentales, como: sensibilidad simbólica y ritual; conocimiento litúrgico, adquirido principalmente por la participación activa, consciente y mística en las celebraciones litúrgicas; conocimiento bíblico; sensibilidad pedagógica; escucha y observación atenta y espiritual de la realidad de la vida del pueblo, para que los gemidos, las luchas y esperanzas, las alegrías de los pequeños de nuestra sociedad y de todos los que a ellos se unen, sean también contenido catequético y realidad insertada en el misterio pascual de Cristo y celebrada litúrgicamente en las comunidades cristianas.

En este mundo de tantas desventuras, los catequistas y los liturgistas, movidos por la fe y una alegría contagiante, debemos



ser portadores de buenas noticias, de la buena noticia del amor de Dios, pues conocer a Jesucristo es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona, haberlo encontrado es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás con nuestra palabra y obras es nuestro gozo y es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado (cf. DA 18, 29 y 30).